

LUZ  
ENTRE LAS  
SOMBRA



EXALTACIÓN  
DE LA SANTA CRUZ





**LA EXALTACIÓN  
DE LA CRUZ  
NO ES EXALTACIÓN  
DEL DOLOR SINO DEL  
GRAN AMOR  
DE JESUS HACIA  
NOSOTROS.**





**Juan 3,13-17**

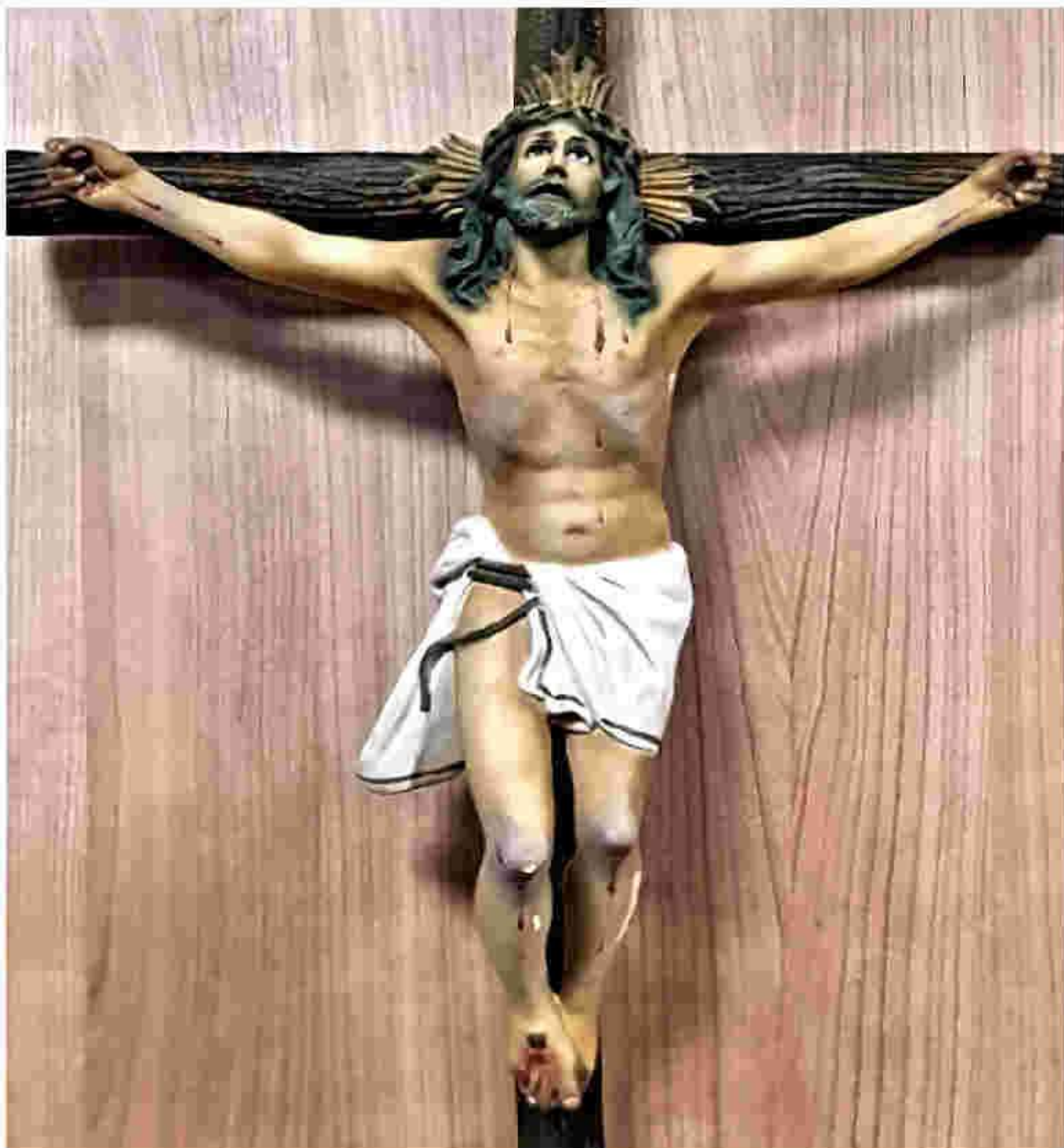
**“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.”**





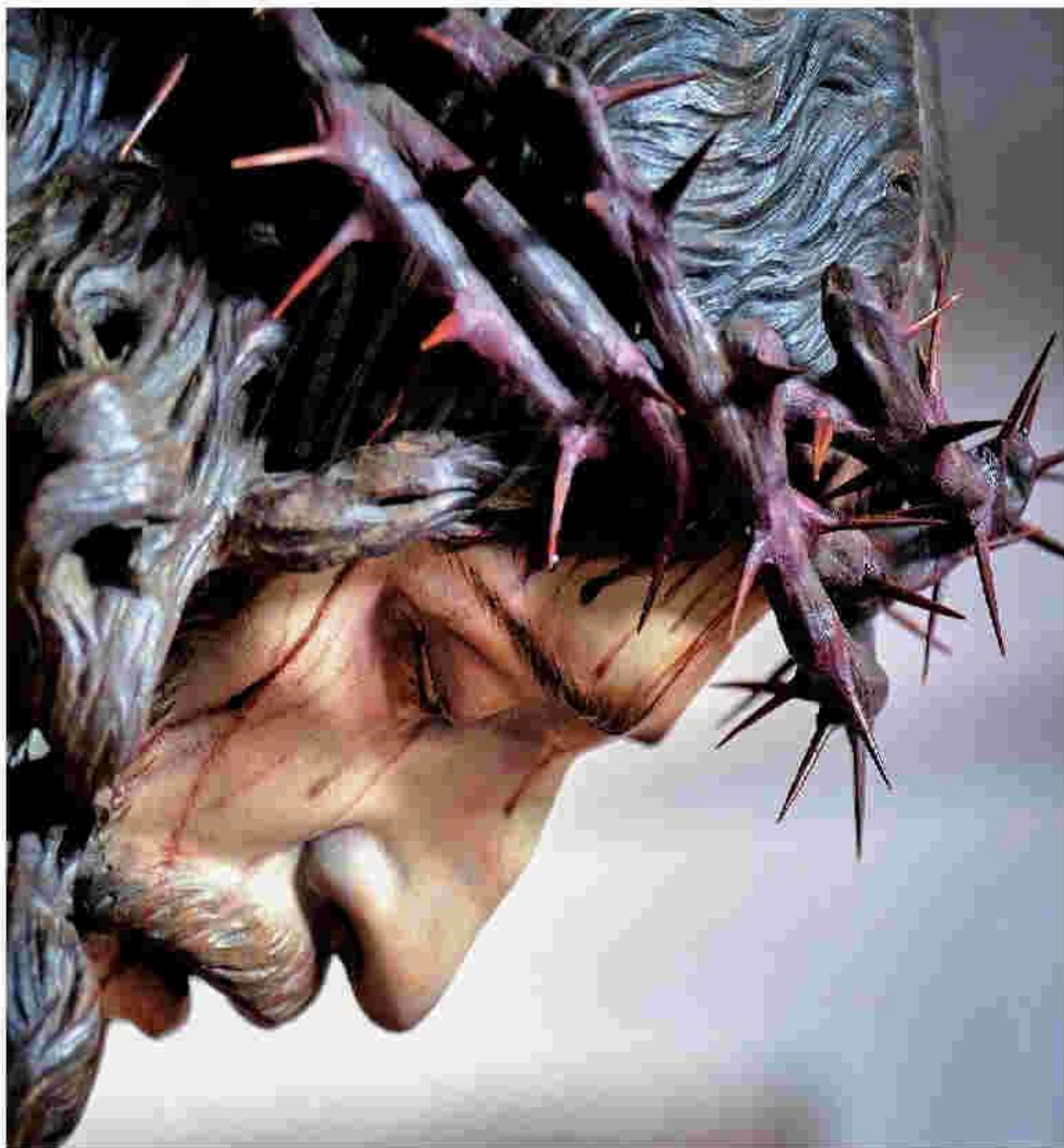
Quando los cristianos miramos al Crucificado no ensalzamos el dolor, la tortura y la muerte, sino el amor, la cercanía y la solidaridad de Dios que ha querido compartir nuestra vida y nuestra muerte hasta el extremo. No es el sufrimiento el que nos salva, sino el amor solidario de Dios con nuestro sufrimiento. No es la sangre la que nos limpia del pecado, sino el amor inmensurable de Dios que nos acoge como hijos.





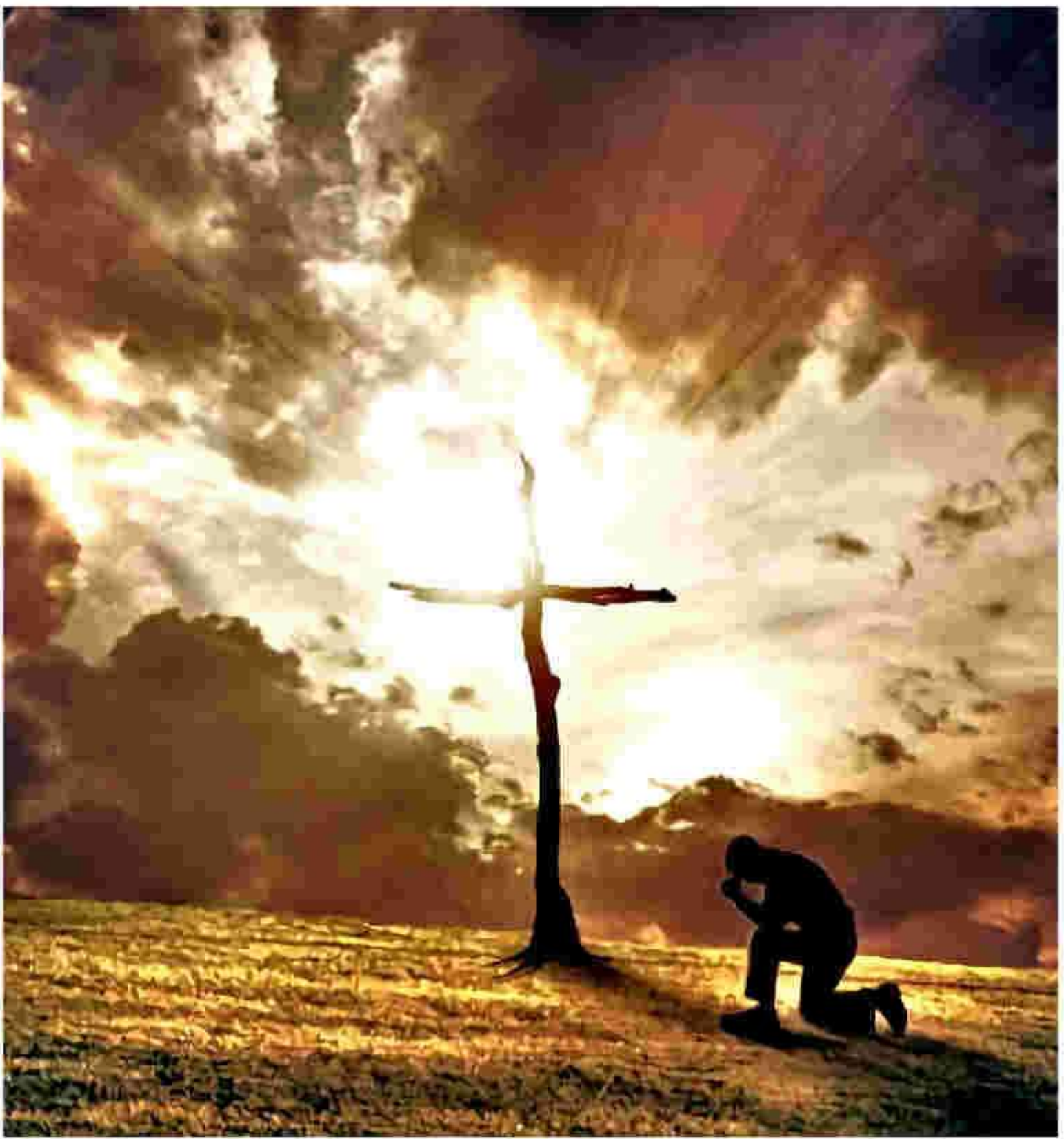
En el árbol de la cruz está la historia de Dios, quien quiso asumir nuestra historia y caminar con nosotros. En esos brazos extendidos de Jesús que ya no pueden abrazar a los niños, y en esas manos que ya no pueden acariciar a los leprosos ni bendecir a los enfermos, contemplamos a Dios con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos.





En ese rostro de Jesús apagado por la muerte, en esos ojos que ya no pueden mirar con ternura a las prostitutas, en esa boca que ya no puede gritar su indignación por las víctimas de tantos abusos e injusticias, en esos labios que no pueden pronunciar su perdón a los pecadores, Dios nos está revelando como en ningún otro gesto su amor insondable a la Humanidad. La crucifixión es el acontecimiento en el que mejor se nos revela el amor de Dios.

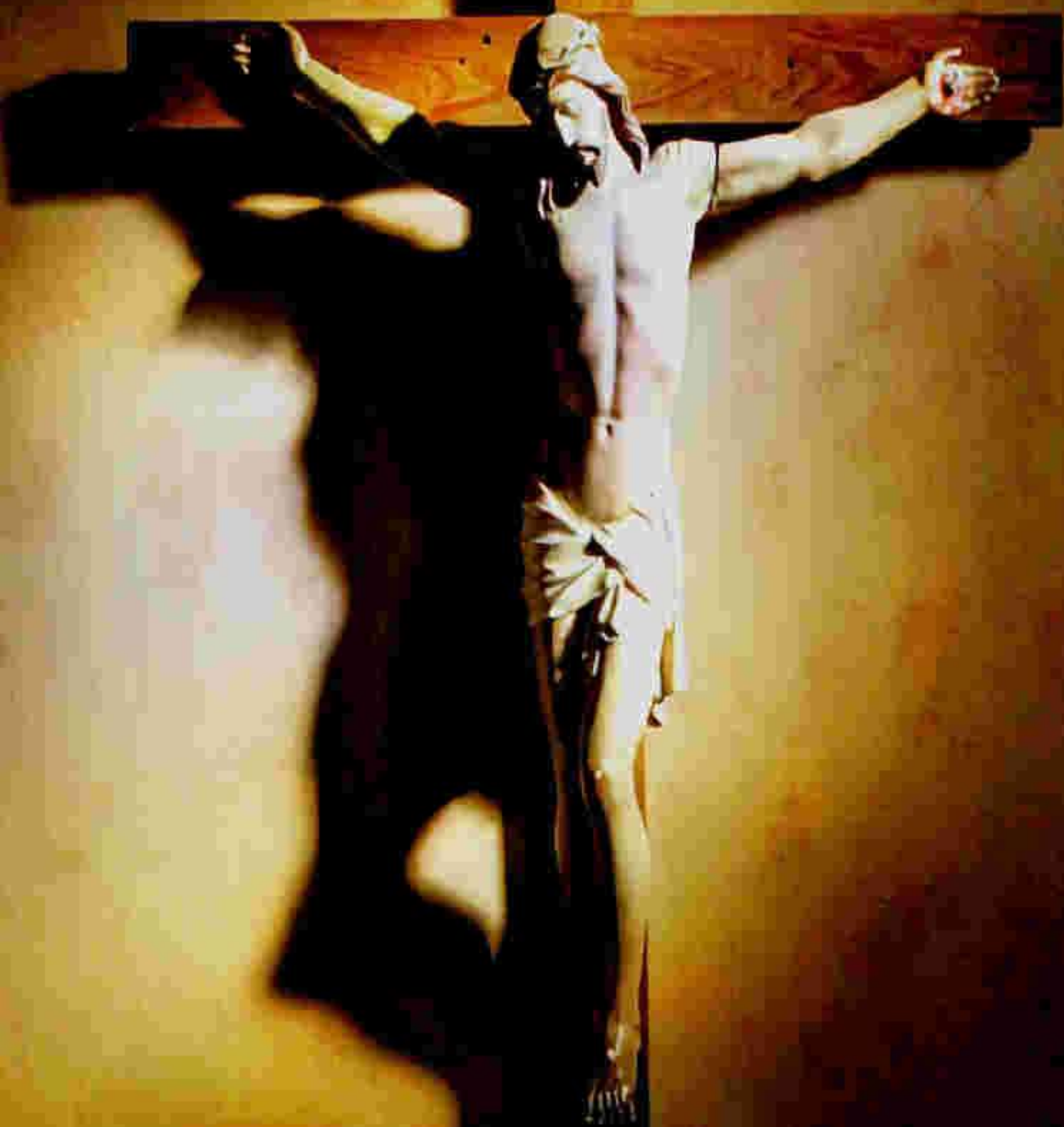




Por eso, ser fiel al Crucificado no es buscar cruces y sufrimientos, sino vivir como Él en una actitud de entrega y solidaridad aceptando si es necesario la cruz y los males que nos pueden llegar como consecuencia. Esta fidelidad al Crucificado no es dolorista sino esperanzada. A una vida “crucificada”, vivida con el mismo espíritu de amor con que vivió Jesús, solo le espera resurrección.



El cristianismo  
no aspira al dolor...



sino al amor.